

SEXTA JORNADA DE BIOÉTICA

**La ética personalista y su método  
orgánico aplicado a la  
experiencia del morir**

Prof. Dra. Hna Elena Lugo, Ph. D.

Sábado, 26 de Junio de 2004.  
Nuevo Schoenstatt. Argentina.

# I. Introducción

El método de estudio designado como orgánico nos permite aplicar una espiritualidad cristiana al tema de la muerte y del morir. Por un lado nos asegura que la muerte no figuró en el plan original de Dios Creador y Providente, con lo cual confirma la resistencia del ser persona ante el suceso del final de la existencia. También esta espiritualidad nos ofrece un modelo del buen morir, en cuanto disposición para reconocer la dignidad en el morir por medio de la esperanza ya prefigurada en el postulado del *status viatoris*, según J. Pieper, y en el anhelo de trascendencia ante el morir.

A. El Creador ha querido para el hombre una vida plena, física y espiritualmente indisoluble. Anclado en un punto preciso del espacio y del tiempo, en virtud de su dimensión corpórea, lo ha creado abierto a la eternidad y al infinito con toda la fuerza de su espíritu. Pero el pecado original de la humanidad, encabezado por Adán y Eva, y luego los pecados personales, lesionaron la integridad primaria del hombre sin destruirla del todo. Integridad que aseguraba el dominio de la razón sobre los impulsos sensibles, la prioridad de lo universal sobre lo particular y de lo duradero sobre lo inmediato y pasajero. Ampliemos lo anteriormente explicado sobre el pecado en un sentido antropológico pero ahora en diálogo con la espiritualidad cristiana.

A.1 Por el pecado entró la muerte al mundo y esto en un doble sentido: Primero, la humanidad se enfrentó a la muerte real al apartarse de Dios que es vida plena y auténtica. Después creyó que la muerte física, que no es otra cosa que un paso a otra vida, era muerte en el sentido de cese total de la existencia, lo cual generó angustia y horror ante ella. El pecado está estrechamente ligado a la muerte porque ambos nos hacen ser diferentes de Dios, lo que nos reduce a una vida egocéntrica atenta a lo inmediato y sensible, aun cuando esté nostálgicamente orientada a la plenitud de la vida. Así lo experimentó la humanidad prerredimida porque no tenía acceso, o lo tenía con gran dificultad, al mundo trascendente, pues carecía de comunicación directa con la plenitud de la vida (Dios). En las Sagradas Escrituras (Génesis) se nos habla de la Serpiente que prometía un *ser como Dios*, sin revelar, claro está, que ser como Dios es entregarse con un amor sin límites.

Creemos llegar al umbral de la respuesta que buscamos al enigma de la muerte y al secreto del buen morir.

A.2 Llegar a *ser como Dios* quiere decir entrar en la perfecta humildad, en el abandono absoluto de sí a la Gracia en el otro, en la generosidad original de hacer de sí don para el bien del otro. Este *ser como Dios* tiene muy poco que ver con la

propuesta de Satanás de adquirir un conocimiento creativo de la realidad según criterio propio de lo bueno/malo o un poder mágico sobre el entorno.

a) Si Dios que es Trinidad creó al hombre a su imagen y semejanza, esto significa que lo hizo capaz de desarrollar en sí un espacio o instancia interior e íntimo, en el cual Dios y las demás personas puedan encontrar un lugar. El ser persona conserva su identidad pero a la vez cuenta con una apertura sin reservas matizada por el respeto a su ser propio. Así pues en el interior de cada persona se constituye una comunidad de diversas personas en unidad inquebrantable. Se trata de una totalidad animada de espíritu con una infraestructura orgánica, ya que cada dimensión se constituye a partir de su interacción con las demás. Jean-Luc Marion nos dice<sup>1</sup> que *el pecado destruye el espacio y apertura interior del yo de visión trascendental, anclándolo al yo utilitario y sensual, con lo cual dificulta la entrada de otro yo en autonomía e integridad propias*. Se obstaculiza así la relación interpersonal como base del amor.

A.3. La muerte es, como ya indicásemos, la culminación de la vida histórica y la iniciación de la vida metahistórica. Es preciso acentuar que la continuidad o calidad de la transición de lo temporal histórico a lo metahistórico y eterno no es fácil de exponer con una lógica atenta a conceptos de precisión científica. La transición puede suponer un acto audaz de voluntad transracional.

a) El creyente puede vivir el momento de morir como uno de los actos más importantes de la vida en una actitud de agradecimiento y arrepentimiento, completada por la petición de perdón y reconciliación con Dios y con sus semejantes. Pero esta vivencia supone un acto de fe en quien, siendo Vida, conquistó la Muerte pasando libremente por ella con todas sus implicaciones excepto el merecerla a causa del pecado: Jesús. Es posible que este acto de fe como decisión personal y a la vez receptividad activa ante la gracia afirme la interpretación de Pieper sobre la decisión personal en el momento de morir, y la complementa al contribuir a despejar algunas de las dudas planteadas sobre la posibilidad de un acto personal en un paciente moribundo y tal vez comatoso.

b) Jesús murió y sufrió en nuestro lugar. La expiación vicaria consiste en que Jesús tomó sobre sí, en nuestro lugar, corporal y anímicamente las consecuencias destructoras del pecado. Jesús obra como representante de Dios Padre al tomar sobre sí las consecuencias concretas del mal. De esta manera se opera según un canon de justicia, a saber: quien perdona ha de sufrir el efecto del mal que se intenta gratuitamente perdonar. Schondorf<sup>2</sup> argumenta *“que es exigencia de la justicia no concederse el perdón sin haberse sufrido el daño derivado de la injusticia”*. Esto no disminuye en nada la absoluta gratuidad del perdón. La obra de salvación en su

---

<sup>1</sup> Marie Hendrickx en: *La vida y la vida eterna*, Madrid: Ediciones Encuentro, 1999, pág. 223.

<sup>2</sup> Cf. H. Schondorf. “¿Por que Jesús tuvo que sufrir”? En: *Selecciones de teología* 168, 2003.

conjunto era y es don inmerecido de la misericordia y el infinito amor de Dios, quien liberó a la humanidad de sufrir las plenas consecuencias de su ofensa al apartarse de Dios.

A.4. Desde el punto de vista de la fe, en Jesús como modelo del morir, la muerte no es simplemente la terminación de la vida biológica sino también, y sobre todo, culminación de la vida histórica entendido como acto de entrega a un Dios Padre. Como Jesús murió una muerte tremendamente violenta y humanamente hablando totalmente injusta, pero supo vivirla con toda dignidad, sin maldecir ni condenar, sino aceptando el misterio como designio divino y afirmando una justicia superior a la terrena, así ha de hacerlo también el cristiano. Jesús como Dios encarnado encarnó el sufrimiento y desde entonces lo ha ennoblecido y otorgado significado. Ya no es un mero castigo ni resulta inútil. Ahora tiene valor de salvación, rebosa de sentido, ilumina, purifica y eleva.

a) Recordemos que el dolor es la manifestación más clara de nuestra finitud y contingencia, y por eso el dolor en última instancia nos hace plantear la existencia de un Dios que dé sentido a nuestro sufrimiento. Ese sentido, más que identificado con un contenido e instrucción bíblica, es vivencia abierta a la participación personal, e invitación a incorporarse a la conquista del Salvador.

b) La razón de sufrir es la propia vida en Cristo, quien constituye nuestra personalidad sobrenatural y misión de continuar en el tiempo su labor redentora. Contrasta ello con la actitud estoica del hombre autónomo, quien carga con el sufrir y pretende así hacerse dueño de la historia y de la naturaleza. En *Él* está nuestra *esperanza*.

B. El ser persona en cuanto *status viatoris* es un ser constituido por la vivencia de la esperanza. La esperanza expresa el *anhelo existencial o capacidad de trascendencia* como propiedad ontológica del ser persona. Su dignidad intrínseca le exige la esperanza a modo de puente hacia lo trascendente en sentido religioso.

Veamos las manifestaciones de la esperanza desde el inicio de una enfermedad que bien puede culminar en la muerte.

B.1. Padecer una enfermedad terminal e incurable no supone que el ser persona no pueda experimentar esperanza. La esperanza se manifiesta en varias etapas:

- Ante el diagnóstico se espera que este sea leve o de condición tratable.
- Ante la fase crónica se espera una remisión.
- Ante la fase terminal (no se debe ver fatalistamente como final e insuperable) se espera retener una porción de control sobre la situación en general, que se respete sus determinaciones de las circunstancias en que desea morir; no ser

engañado; no ser abandonado; que se le controle el dolor y otros síntomas indeseables; que la familia no deserte; comunicar sus preocupaciones; que se respete sus inquietudes espirituales, etc.

B.2 Entre los factores que influyen sobre la esperanza destacamos: sentirse valorado; relaciones significativas (recuerdos / buen humor); metas realistas; alivio del dolor y síntomas. En el moribundo la esperanza se centra más en el *ser* que en el *lograr*; más en sus relaciones con otros, con seres superiores y con Dios que consigo mismo.

*“Esperar es vivir con una ventana abierta desde donde entra un rayo de luz, de ilusión, de ganas de luchar; esperar es un ejercicio fatigoso; es creer en un mañana; es esforzarse hoy; es no borrar nuestros justos y hermosos deseos. La esperanza es como la sangre: no se ve pero tiene que estar. La sangre es la vida; así es la esperanza: algo que circula por dentro; si no se la tiene, se está muerto”<sup>3</sup>.*

B.3 Es precisamente la esperanza en cuanto anhelo existencial y condición ontológica la que se integra orgánicamente a la espiritualidad cristiana en lo concerniente al tema del morir en dignidad. Una esperanza plena en los tres niveles recién identificados puede responder a los reclamos que Daniel Callaham <sup>4</sup> nos hace en nombre de los pacientes:

1. Quiero encontrarle algún sentido a mi muerte; algún sentido a la mortalidad.
2. Confío en ser tratado con dignidad y simpatía en el aspecto físico y espiritual.
3. Anhelo que mi muerte signifique algo para otros, que la reconozcan como un infortunio/tragedia y lo sufran aun cuando crean preferible que muera a que sufra tanto.
4. No quiero morir en público o que me vean como un espectáculo, pero sí que me acompañen y no ser abandonado o rechazado psicológicamente por la comunidad.
5. No quiero ser una carga demasiado pesada para mi familia hasta el punto de su ruina emocional y financiera.
6. Anhelo vivir en una sociedad que no se aterre ante la muerte, que la vea como natural al llegar a una edad avanzada y sepa ofrecer apoyo con ritos y prácticas públicas en la muerte y a los sobrevivientes.
7. Quiero morir con mis capacidades intelectuales y emocionales funcionando, no en un coma prolongado.
8. Quiero una muerte rápida y no artificialmente prolongada.
9. Me aterra un morir con dolor y sufrimiento; confío en que lo soportaré.

---

<sup>3</sup> Mons. J. Redrado. “Ser profesional sanitario”. En: *Dolentium hominum*, 23, XVII, 2003 # 2

<sup>4</sup> Daniel Callaham. “Pursuing a Peaceful Death” HASTINGS CENTER REPORT, July-August 1993, pages 33-38.

B.4 La esperanza incluye un anhelo de continuidad personal y no mera inmortalidad del alma. Retornemos al tema de la indestructibilidad del espíritu. Según J. Pieper<sup>5</sup>, el argumento clásico de San Agustín (tradicón Platón - san Agustín - santo Tomás de Aquino) plantea que la capacidad para anhelar, captar, retener y conducirse de acuerdo a la verdad en su sentido objetivo como una categoría espiritual imperecedera/ incorruptible supone un espíritu/alma igualmente incorruptible para contenerla<sup>6</sup>. Recordemos los Soliloquios de San Agustín. Presuponemos una epistemología realista, tal como la incluye el Personalismo Orgánico, para argumentar que el conocer se inicia con el aporte de los sentidos pero que progresa esencialmente por medio de un proceso de abstracción hasta lograr una captación espiritual de la verdad por medio de conceptos depurados de rasgos sensibles y temporales.

B.5 Para ayudar a un moribundo es preciso acentuar la primacía de la vida. Paradójicamente, sólo quien confiesa que la vida es algo sagrado sabrá encontrar la actitud conveniente ante la muerte; tanto la de los demás como la suya propia. Sólo aquel que sin apriorismos abstractos, según las circunstancias del caso, previene o no a un enfermo grave de la proximidad de su última hora, se hace merecedor de que se le haga aquella petición en la que se encierra la confianza suprema: decir la verdad al moribundo.

El temor del final es casi inevitable y de universal aceptación. Sin embargo, el cristiano, que tiene la suerte inmensa de saberse amado por Aquel que nos creó personalmente, posee una mirada privilegiada acerca de su partida, si tiene verdadera fe. El *más allá* al que aspira, la trascendencia inherente al ser persona, no es un lugar geográfico imposible de localizar con la imaginación. Es una nueva manera de existir anticipada en la esperanza. Retornemos al tema de la esperanza en su pleno contexto, ahora acentuando un aspecto ascético - pastoral.

B.6. La esperanza cuenta con una raíz muy profunda que la capacita para ofrecer el cobijamiento anhelado por los pacientes presentados por Callahan. El P. José Kentenich apunta en esa dirección cuando dice: "*El cobijamiento es consecuencia de la entrega total*". Es decir, la condición para la esperanza es la audaz entrega de sí por amor a un Dios Padre de Bondad<sup>7</sup>. En esta obra el P. J. Kentenich expone las condiciones para la entrega total empleando el término *infancia espiritual*. La infancia espiritual resume una ascética que en nada se asocia al infantilismo o a la regresión a

---

<sup>5</sup> Op. cit., 114.

<sup>6</sup> Reduced to a syllogistic form: because the human soul is capable of apprehending truth as such; because it is capable of this act which by its essence goes beyond every conceivable material concatenation and remains independent of it ; because, thus understood, it is capable of an "operatio absoluta"-must also have an "esse absolutum"; it must possess a being independent of the body; it must be an entity that persists through the dissolution of the body and beyond death (Tomás de Aquino. COMMENTARY ON THE SENTENCES, 2.D.,39,1,1).

<sup>7</sup> J. Kentenich. J. *Niños ante Dios*. op. cit., pág. 336.

una niñez cronológica. Por el contrario, la infancia espiritual es la sabiduría de la madurez personal sustentada en la fe práctica a la Divina Providencia. Esta fe en su modalidad orgánica supone:

- Un acto de la mente: Dios traza un plan en cada suceso del día y la mente se aboca a su reconocimiento con docilidad, filialidad y responsabilidad.
- Un acto de la voluntad: Dios desea cada suceso que realiza su plan y la voluntad humana se esfuerza en configurar su libertad (autonomía como teonomía) en armonía con el deseo del Padre sabio y bondadoso.
- Un acto del corazón: Dios providente es una Persona que gratuitamente derrama su amor precisamente ante la fragilidad de su hijo individualmente afirmado en su ser.

Quien intenta vivir la infancia espiritual no se centra en la autocomplacencia sino que se obsequia a sí mismo como don a Aquel que lo sostiene en su existencia. Por amor al Dios reconocido como Padre bondadoso y poderoso, arriesga un máximo de amor basándose en un mínimo de conocimiento a nivel meramente natural. No se afana por un cálculo de las experiencias según el placer y la utilidad, sino que anhela seguir el plan de ese Padre Dios que a su vez lo cobija desde su interior. De la inseguridad y el desamparo ante la experiencia del morir pasa a la seguridad y amparo en el plano de la presencia divina. Se desprende de lo meramente terreno y se hace dependiente y agradecido de Dios y así surge desde su interior una fuerza que le permite sobrellevar y superar los estados deprimentes y desconcertantes en la transición a la vida plena. Según la ascética de la infancia espiritual, cuando el ser persona, siguiendo el ejemplo supremo de Ntra. Sra. de la Anunciación y en corresponsabilidad con la redención, pronuncia su: "*Si; hágase en mí según la voluntad de Dios*", percibe que una fuerza poderosa y amorosa lo sostiene y regala victoriosidad ante la angustia del morir. Pero más aún, ese Amor recibido es una fuerza unitiva y asemejadora que regala al ser humano la disponibilidad de Jesús para cumplir la voluntad del Padre y la docilidad de la Sma. Madre de la Esperanza. *De los niños es el Reino de los Cielos...* En la vinculación sobrenatural se logra la plenitud y la seguridad anhelada, pero de ningún modo ha de menospreciarse la red de vínculos naturales en la comunidad humana que sustenta y asegura la vivencia del cobijamiento en Dios.

## C. Conclusión

No podemos comprender con plena claridad racional el modo de existir del espíritu desprendido, si bien temporalmente, de su corporeidad (*anima separata*). Ante el misterio lo apropiado es el asombro y silencio contemplativos. Contamos con imágenes pero no con conceptos precisos. Si estamos convencidos de la

interpretación del personalismo orgánico de la persona como espíritu encarnado, la muerte impacta la totalidad del ser persona y nos deja perplejos ante la supervivencia del alma desencarnada. Ni la filosofía ni la teología logran ofrecer una explicación especulativa. Más bien la verdad revelada según la fe en la resurrección del cuerpo no ofrece esperanza y paz, pero a condición de un acto de voluntad, iluminada por la razón y motivada por el amor. La indestructibilidad del alma exige la aceptación de la fe en la resurrección como la única inmortalidad apropiada al ser persona en cuanto espíritu encarnado. Sören Kierkegaard dijo: *“Honremos el conocer y honremos a quien pueda examinar la cuestión de la inmortalidad según criterio intelectual”*. Pero la cuestión de la inmortalidad no es asunto académico/intelectual. Es más bien cuestión de la vida interior que cada uno confronta contemplando su interioridad. Como decía P.J Kentenich: *“no es tan importante educarnos como genios de la voluntad sino como genios del corazón”* (1962).